

SANTIDAD Y *MISSIO DEI*: PARTICIPAR EN EL DIOS QUE ENVÍA EN UN MUNDO FRAGMENTADO

UN PUENTE ENTRE LA TEOLOGÍA WESLEYANA, LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL Y LOS LENGUAJES CONTEMPORÁNEOS

Elimelec Juantá Castro, Iglesia del Nazareno Sublime Gracia, Costa Rica

I. Introducción

Santidad como Participación en el Dios que Envía

En las últimas décadas, la palabra *santidad* ha sufrido un desgaste significativo en muchos espacios cristianos. Para algunos, evoca listas de prohibiciones, estereotipos moralistas o una espiritualidad desconectada de la vida real. Para otros, la santidad pertenece al ámbito privado, reducida a la conducta personal y asociada a experiencias individuales. Este empobrecimiento conceptual no sólo ha afectado la vida de la iglesia; también ha limitado su capacidad de dialogar con un mundo que, aunque descreído de discursos religiosos, sigue profundamente sediento de sentido, coherencia ética, comunidad, y esperanza. En medio de esta tensión, la pregunta no es si la santidad sigue siendo relevante, sino qué entendemos por santidad y qué tipo de mundo permite imaginar.

Este artículo parte de una convicción fundamental: la santidad cristiana, leída desde la *missio Dei*, no es un refugio espiritual sino una participación activa en la vida del Dios trinitario que ama, envía, sana, y transforma (Suess 2007, 41-54). En lugar de entender la santidad como separación del mundo, proponemos comprenderla como una manera de estar en el mundo con la forma y el carácter de Cristo. Este desplazamiento, de un concepto defensivo a uno relacional y misional, abre una puerta sorprendente para un diálogo profundo con la psicología, la ética profesional, la política contemporánea, los movimientos sociales y las búsquedas culturales de nuestro tiempo.

Autores contemporáneos como Andy Johnson y Theodore Jennings permiten recuperar esta lectura amplia y profundamente bíblica. Johnson propone que la santidad no debe comprenderse como un esfuerzo moral individual, sino como la participación en el movimiento del Dios trinitario hacia el mundo; no empieza en la disciplina personal, sino en el don de Dios que nos incorpora a su misión (Johnson 2016, 12-18). Jennings, desde otra perspectiva, pero en la misma dirección, argumenta que la santidad no se agota en la experiencia interior, sino que necesariamente impulsa a la transformación social, porque el Dios santo actúa en la historia, confronta injusticias, y llama a su pueblo a encarnar una vida reconciliada (Jennings 2008, 8-9, 34-35). Esta doble intuición, participación y transformación, constituye la base del planteamiento central de este estudio.

Al mirar la historia de la iglesia, vemos que las épocas en que la santidad fue reducida al comportamiento individual coincidieron con tiempos de retraimiento eclesial. Pero cuando la santidad se entendió como una forma de vivir la vida de Cristo en el espacio público, la iglesia se convirtió en agente de reforma, justicia, y esperanza. En América Latina, esta intuición encontró expresión en la misión integral, que articuló una fe profundamente personal y una práctica comprometida con la realidad social (Padilla 2015, 33-34). Sin embargo, incluso esa tradición ha tendido a separar la misión y la santidad, como si hablar del carácter de Dios fuera un asunto privado y hablar del Reino fuera exclusivamente un asunto público. Este artículo propone que

ambas dimensiones se necesitan mutuamente: una santidad sin misión se encierra; una misión sin santidad se desfigura.

En un mundo marcado por la fragmentación cultural, la polarización social, la crisis de confianza institucional y la ansiedad existencial, recuperar la santidad como participación en la vida de Dios ofrece un camino para reconstruir vínculos y significados. La psicología contemporánea reconoce la importancia de la integración interior y de las relaciones sanas para el bienestar humano; la santidad, entendida como la forma de la vida de Cristo, aporta una base teológica para esa integración. La ética profesional busca principios de coherencia, responsabilidad, y justicia; la santidad ofrece una espiritualidad del trabajo que supera tanto el utilitarismo como la ambición personal. La esfera política enfrenta tensiones profundas en torno al poder y la dignidad humana; la santidad propone una forma de vida pública marcada por la humildad, la justicia y el servicio. Incluso los lenguajes culturales, como el arte, la creatividad y la comunicación digital, encuentran en la santidad un marco para imaginar belleza, reconciliación y comunidad.

Esta ampliación no diluye el significado teológico del término; al contrario, lo devuelve a su fuente. La santidad bíblica no describe un estado individual, sino la vida del Dios que libera (Éx 3:7-10; 6:6-8; 19:4-6), que se encarna (Mt 1:18-23; Jn. 1:14), que envía (Hch 1:8; 2:1-4), que transforma (Rom 8:14-17; 2 Co. 5:17-20) y que consumará todas las cosas (Ap 21:1-5; 22:1-5). Participar en la santidad de Dios es participar en ese movimiento (Johnson 2016, 12-18; Suess 2007, 43-54). Y esa participación define a la iglesia: somos un pueblo santo porque hemos sido incorporados al envío del Dios santo. Por eso, la santidad no es una alternativa a la misión; es el modo de la misión (Johnson 2016, 12-18).

En esta introducción se plantea la tesis del artículo:

La santidad cristiana, comprendida como participación en la *missio Dei* y como práctica comunitaria que transforma la vida personal y social, constituye un puente necesario entre la teología y los lenguajes contemporáneos, y ofrece a la Iglesia del Nazareno una base profunda para su misión en el mundo actual. El desarrollo posterior explorará los fundamentos bíblicos y teológicos de esta afirmación, sus implicaciones eclesiales, su relevancia para el diálogo interdisciplinario y sus desafíos para la misión global de la iglesia.

II. Marco Bíblico-Teológico: La Santidad como Participación en el Dios que Envía

La santidad cristiana no surge de un esfuerzo humano por alcanzar un ideal elevado, sino del movimiento mismo del Dios que se revela, llama y envía. En la Biblia, la santidad nunca aparece desligada de la historia. Dios es santo no porque se distancia de la humanidad, sino porque se acerca a ella de un modo que revela justicia, misericordia, poder creador y fidelidad. Cuando el pueblo es llamado “santo,” no se le invita a retirarse del mundo, sino a participar en la vida del Dios que está actuando en la historia. A partir de este marco, la santidad y la misión no son categorías separadas: son dos formas de describir la iniciativa divina de acercarse al mundo para redimirlo (Suess 2007, 41-45).

En esta sección, revisamos el fundamento bíblico-teológico de esta intuición, desde la santidad en el Antiguo y el Nuevo Testamento hasta su integración en la noción contemporánea de *missio Dei*. El objetivo es mostrar que la santidad bíblica es intrínsecamente dinámica, relacional y misional; que la iglesia participa en ella no como guardiana de un ideal, sino como colaboradora del Dios que envía.

1. Antiguo Testamento: La Santidad como Comunión con el Dios que Libera

En el Antiguo Testamento, la santidad es ante todo un atributo divino. Sin embargo, ese atributo no se entiende como una distancia infranqueable, sino como una cualidad de Dios que se manifiesta en su capacidad de crear vida, liberar, ordenar el caos y establecer justicia. La santidad divina se hace visible en actos concretos: la creación (Gn 1–2), el llamado de Abraham (Gn 12), y la liberación de Israel, la alianza, y la fidelidad a pesar del pecado del pueblo.

Cuando Dios declara en Éxodo 19:6: “ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa,” no está estableciendo un código moral; está convocando al pueblo a participar en su propio proyecto de liberación y justicia. El contexto del éxodo es revelador: Dios escucha el clamor de los oprimidos, interviene en la historia y actúa para restaurar la vida. Ser santo, para Israel, es continuar esa historia. No es perfección ritual, sino adhesión al carácter del Dios que defiende a los pobres, protege al extranjero y da dignidad a los vulnerables.

Los profetas retoman esta visión. Cuando Isaías proclama a Dios como “el Santo de Israel”, lo hace en relación con su acción en el mundo. La santidad profética no es contemplativa sino transformadora. Implica denunciar la opresión, confrontar la idolatría política y económica, y anunciar un futuro donde la justicia y la misericordia se abrazan (Isa 1:17; Amós 5:24; Miqueas 6:8). Amós, Miqueas e Isaías no separan nunca santidad y justicia: la santidad divina exige una respuesta ética que afecta las estructuras sociales.

Podemos afirmar que en el Antiguo Testamento, la santidad es el marco que permite comprender la misión de Dios como un movimiento de liberación, alianza, restauración, y esperanza escatológica. Esa continuidad es esencial para el argumento de este artículo: la santidad no es un “no hacer,” sino un “ser con Dios” en su proyecto histórico.

2. Nuevo Testamento: Jesús, el Santo Enviado y La Santidad como Vida Compartida

El Nuevo Testamento profundiza este vínculo entre santidad y misión. Jesús es llamado “el Santo de Dios” no porque se aparte del mundo, sino porque encarna plenamente el carácter del Dios que se acerca (Mc 1:24; Jn 6:69). Su santidad no se basa en la distancia, sino en la encarnación. Jesús no se mantiene al margen de la realidad humana, sino que entra en ella: toca a los enfermos, se sienta a la mesa con pecadores, cruza fronteras sociales y religiosas, y anuncia un Reino que transforma la vida en todas sus dimensiones.

En Jesús, la santidad se revela como una forma de humanidad que participa en la misión de Dios. Su compasión, su entrega, y su capacidad de perdonar y restaurar no son gestos aislados, sino expresiones del carácter del Dios trino. La santidad de Jesús es relacional: hace nuevas las relaciones humanas. Es pública: confronta poderes injustos. Es compasiva: reconoce el rostro del Padre en los pobres y marginados. Y es cruciforme: muestra que la vida de Dios se entrega para dar vida.

El apóstol Pablo retoma esta perspectiva. Para él, la santidad no es una cualidad aislada, sino una identidad derivada de la participación en Cristo. Ser “santos” (Rom 1:7; 1 Co 1:2) es pertenecer a la comunidad que ha sido llamada a vivir la vida de Cristo en el mundo. La santidad no es un proyecto individual, sino comunitario: se expresa en la construcción de comunidades reconciliadas y en el testimonio público del amor de Dios.

En el Nuevo Testamento, la santidad es inseparable del Reino de Dios. Jesús inaugura un Reino donde los últimos son los primeros, donde la misericordia vence al juicio, y donde la justicia de Dios reordena la vida social. La misión de la iglesia es anunciar y encarnar este Reino.

Así, la santidad cristiana se manifiesta en la continuidad de la obra de Jesús: sanar, reconciliar, compartir, acompañar, y liberar. En palabras contemporáneas: la santidad no es sólo ética personal, sino ética relacional, ética social y ética del envío.

3. Missio Dei: El Dios Trinitario como Fuente y Forma de La Santidad

En el siglo XX, el concepto de *missio Dei* ofreció un marco teológico que retomó toda esta tradición bíblica y la articuló de manera coherente. La misión dejó de entenderse como una iniciativa principalmente eclesial o humana para ser reconocida como obra de Dios, en la cual la iglesia participa (Suess 2007, 41-45). Esta reorientación cambia el significado mismo de la santidad.

3.1. Santidad como Participación en el Movimiento Trinitario

Autores como Johnson han recuperado esta intuición: la santidad es participación en la vida del Dios trino que se mueve hacia el mundo (Johnson 2016, 12-14). El Padre envía al Hijo, el Hijo envía al Espíritu y el Espíritu impulsa a la iglesia. Este dinamismo trinitario hace que la santidad no sea un estado estático, sino un movimiento de comunión y envío. La santidad refleja el carácter relacional del Dios trino: amor que llama, comunión que envía, y gracia que transforma.

3.2. Santidad como Práctica Comunitaria

La santidad, desde esta perspectiva, no se sostiene en actos individuales sino en la vida compartida. Johnson subraya que la Iglesia es el espacio donde la santidad se aprende, se practica, y se despliega; es en la comunidad donde el carácter de Cristo se forma en las personas a través de prácticas concretas, como el perdón, la hospitalidad, la justicia económica, la solidaridad, la oración y la mesa compartida (Johnson 2016, 12-14).

3.3. Santidad como Transformación del mundo

Jennings ofrece un aporte decisivo: si el Dios santo actúa en la historia, entonces la santidad no puede ser indiferente a la realidad social. Santidad y transformación social se necesitan mutuamente (Jennings 2008, 8-9, 34-35). Una santidad que no afecta la vida pública y las estructuras de injusticia no refleja al Dios del Éxodo ni al Jesús del Reino. Y una búsqueda de justicia que no nace del carácter de Dios corre el riesgo de perder su fundamento espiritual. Desde esta perspectiva, la santidad es una práctica que integra ética personal, responsabilidad social, misión pública, y esperanza escatológica.

Síntesis Teológica de la Sección

El marco bíblico-teológico permite afirmar que la santidad es participación en la misión del Dios trinitario. No es una categoría aislada ni un ideal moral. Surge del dinamismo de Dios, se encarna en la vida de Jesús, y se extiende en la acción transformadora del Espíritu en la iglesia. De este fundamento dependen las partes siguientes del artículo: la crítica al moralismo, la santidad como práctica comunitaria, el diálogo con los lenguajes contemporáneos, y las implicaciones para la Iglesia del Nazareno.

III. La Santidad como Práctica Eclesial y no como Moralismo

Si el marco bíblico-teológico muestra que la santidad nace de la participación en la vida del Dios trinitario, entonces la forma concreta que toma esa participación es la vida comunitaria. La santidad es un modo de existir como iglesia, no un proyecto privado. Sin embargo, la historia

cristiana revela que pocas palabras han sido tan malentendidas como “santidad.” Para algunos, sigue asociada a códigos rígidos de conducta, al perfeccionismo moral, o a la separación del mundo. Para otros, la santidad es una experiencia interior sin consecuencias públicas. Estas distorsiones no son menores; afectan el testimonio de la iglesia, debilitan su misión y producen comunidades fragmentadas o incapaces de dialogar con la sociedad (Johnson 2016, 12-18).

Esta sección propone una relectura de la santidad a partir de tres movimientos: (1) un discernimiento crítico frente al moralismo, (2) una recuperación de la santidad como práctica comunitaria y (3) una consideración pastoral de sus implicaciones para el discipulado contemporáneo. El objetivo es mostrar que la santidad sólo puede sostenerse donde hay comunidad y que la comunidad sólo puede ser cristiana si encarna la santidad de Dios en gestos visibles de hospitalidad, compasión, justicia, y reconciliación.

1. Crítica Necesaria: El Moralismo como Distorsión de La Santidad

Una de las contribuciones más significativas de Jennings y Johnson es revelar que el moralismo no sólo es una versión pobre de la santidad, sino su contrario (Johnson 2016, 12-18). El moralismo desplaza a Dios del centro y coloca en su lugar la conducta humana. Sustituye la participación en la vida divina por la obsesión por el cumplimiento. Las prácticas moralistas, al enfocarse en lo que se debe hacer o evitar, producen ansiedad, culpa o autojustificación. No generan comunión; generan vigilancia. No conducen a la misión; conducen a la separación.

Históricamente, el moralismo aparece cuando la santidad se desconecta de su raíz trinitaria y misional. Cuando “ser santo” significa principalmente cumplir reglas, la iglesia se convierte en guardiana de fronteras más que en comunidad enviada. Este desplazamiento tiene consecuencias profundas. Primero, crea una espiritualidad centrada en el individuo, incapaz de sostener una visión social del Reino. Segundo, impide experimentar la gracia como don liberador. Tercero, reduce el testimonio público de la iglesia al juicio moral sobre la sociedad, en lugar de encarnar alternativas de vida.

Jennings explica que este tipo de pietismo individualista no sólo empobrece la espiritualidad, sino que neutraliza la transformación social: un individuo puede evitar ciertos comportamientos y aun así sostener estructuras injustas (Jennings 2008, 34-35). Por eso, la santidad del evangelio exige un desplazamiento: no se trata de “limpiarse del mundo,” sino de vivir en el mundo con el carácter de Cristo. El moralismo pone la mirada en el comportamiento; la santidad bíblica pone la mirada en el Dios que transforma nuestras relaciones.

Reconocer este diagnóstico es crucial para la misión. Una iglesia atrapada en el moralismo no podrá dialogar con profesionales, pensadores o sectores secularizados, porque parte de categorías que ya no responden a las preguntas contemporáneas. El mundo de hoy no necesita guardianes del comportamiento; necesita comunidades que encarnen la vida de un Dios que da sentido, dignidad y esperanza.

2. La Santidad como Práctica Comunitaria: Participar Juntos en la Vida de Dios

La alternativa al moralismo no es un relativismo ético ni una espiritualidad descomprometida, sino la recuperación de la santidad como práctica compartida. Johnson subraya que la santidad cristiana se sostiene en prácticas corporales, hábitos comunitarios y ritmos de vida que permiten que la vida de Cristo tome forma entre los creyentes; la Iglesia no enseña santidad principalmente a través de normas, sino a través de formas de vida (Johnson 2016, 12-14).

2.1. Prácticas que Encarnan el Carácter de Dios

Varias prácticas eclesiales comunes a menudo subestimadas, son en realidad espacios donde la santidad se aprende y se transmite: la mesa compartida, la hospitalidad, la oración comunitaria, el perdón mutuo, la solidaridad económica, y el servicio. Estas prácticas no son adornos litúrgicos ni gestos aislados. Son dispositivos formativos que moldean el carácter, transforman la imaginación y crean comunidades capaces de vivir de acuerdo con el Reino de Dios.

2.2. La Santidad como Forma de Vida Relacional

La santidad es relacional porque Dios es relación. En la Trinidad, el amor circula y se comparte. Participar en ese amor implica aprender a hacernos responsables unos de otros. Por eso, las epístolas del Nuevo Testamento contienen tantos “unos a otros”: amarse, exhortarse, sobrellevarse, edificar el cuerpo, compartir los dones, perdonar, animar, interceder. Estos mandatos constituyen el tejido de la santidad comunitaria.

En este sentido, la santidad es profundamente terapéutica. En una cultura marcada por la soledad, el aislamiento emocional, la fragmentación familiar y el desgaste relacional, la iglesia tiene la oportunidad y la responsabilidad de ofrecer un espacio donde las personas puedan experimentar vínculos sanos. La santidad como comunión es una respuesta pastoral a los desafíos psicológicos contemporáneos.

2.3. La Santidad como Memoria y Esperanza

Las prácticas de santidad también vinculan pasado y futuro. A través de la memoria la historia de Dios en su pueblo, y la esperanza del futuro prometido del Reino, la iglesia forma su identidad. Participamos en la vida de Dios para anticipar, aquí y ahora, lo que un día será plenamente. Así, la comunidad santa no se acomoda al presente; transforma el presente a través de la esperanza del Reino.

3. Implicaciones Pastorales: Discipulado, Salud Emocional y Misión Eclesial

Si la santidad es práctica y comunión, entonces la pastoral no puede reducirse a la transmisión de contenidos doctrinales o a la corrección moral. Hoy, la iglesia necesita recuperar un discipulado integral que forme personas capaces de vivir la vida de Cristo de manera encarnada, madura y pública (Johnson 2016, 12-18).

3.1. Discipulado Basado en Hábitos, no Sólo en Ideas

La formación cristiana debe incluir ritmos de oración comunitaria, espacios de servicio, prácticas de acompañamiento espiritual, formación ética y vocacional y construcción de comunidades de apoyo mutuo. El discipulado contemporáneo necesita integrar espiritualidad, psicología y vida cotidiana.

3.2. La Iglesia como Comunidad Terapéutica

Muchos cristianos hoy enfrentan heridas emocionales, traumas familiares, ansiedad y agotamiento. La santidad, entendida como vida compartida en amor, ofrece una respuesta más rica que la espiritualidad individualista. Comunidades que practican la escucha, la empatía, la intercesión, el cuidado y la construcción de vínculos sanos son espacios donde la gracia se hace visible.

3.3. La Santidad como Misión Pública

La iglesia no es santa para sí misma, sino para el mundo. Una comunidad que cultiva prácticas de reconciliación y justicia tiene credibilidad para hablar de Cristo. En contextos marcados por la polarización política, la desinformación digital, la violencia y la exclusión, la santidad comunitaria se convierte en un testimonio contracultural.

Síntesis de la Sección

La santidad no es un proyecto moral ni una búsqueda individual. Es la vida compartida de un pueblo que participa en el amor y la misión del Dios trinitario. Sin comunidad, la santidad se reduce al moralismo. Sin santidad, la comunidad pierde su identidad. Juntas, forman el corazón de la misión de la iglesia en el mundo contemporáneo.

IV. Santidad y Diálogo Contemporáneo: Psicología, Política, Ética y Cultura

Si la santidad es participación en la vida del Dios trinitario (Johnson 2016, 12-18), tal como hemos argumentado en las secciones anteriores, entonces necesariamente posee una dimensión pública (Jennings 2008, 34-35). No puede limitarse a la vida interior ni restringirse al ámbito eclesial. Al contrario, la santidad cristiana propone un modo de ser humano que dialoga con las preguntas profundas de nuestro tiempo: la búsqueda de sentido, la necesidad de vínculos sanos, la construcción del bien común, la ética profesional y la creación cultural (Padilla 2015, 33-41). Este diálogo no pretende diluir la identidad cristiana, sino permitir que la santidad revele su potencial transformador más allá de los muros de la iglesia.

Esta sección desarrolla ese diálogo en cuatro ámbitos decisivos: la psicología, la ética profesional, la vida política, y la cultura contemporánea. En cada uno de ellos, la santidad ofrece no sólo respuestas teológicas, sino categorías que iluminan las búsquedas humanas más profundas y permiten plantear una misión que hable el lenguaje del mundo actual.

1. Psicología: La Santidad como Integración del yo y Sanidad Relacional

El mundo contemporáneo vive una crisis emocional sin precedentes. Ansiedad, depresión, soledad, dificultades relacionales y pérdida de sentido marcan la vida de millones de personas. En este contexto, la santidad aparece como un puente inesperado entre la teología y la psicología.

La santidad, entendida como participación en la vida de Dios, implica una integración del yo. No es un llamado a negar la dimensión emocional, sino a orientarla hacia una vida coherente, en paz con Dios, con los demás, y consigo mismo. Esta integración no surge del esfuerzo voluntarista, sino de la comunión: la vida de Dios formando en nosotros una identidad estable, libre y reconciliada.

La psicología contemporánea ha mostrado que la salud emocional depende profundamente de las relaciones. Los seres humanos se forman, crecen, enferman y sanan en relación. La santidad cristiana, a través de prácticas como el perdón, la hospitalidad, la vulnerabilidad compartida, la mesa común y el acompañamiento comunitario, ofrece lo que la psicología denomina entornos seguros.

Desde esta perspectiva, La santidad es también un antídoto contra el individualismo tóxico. Forma personas capaces de reconocer sus límites, pedir ayuda, abrir su historia y cuidar a otros. En un tiempo de tantas heridas emocionales, una iglesia que practica La santidad relacional se convierte en un espacio terapéutico donde la gracia se hace visible.

2. *Ética Profesional: La Santidad como Coherencia y Vocación Pública*

El ámbito laboral y profesional es uno de los espacios donde más se pone a prueba la coherencia cristiana. La presión por producir, las dinámicas de competencia, la necesidad de avanzar profesionalmente y los dilemas éticos cotidianos desafían a quienes desean vivir su fe de manera auténtica. Aquí, La santidad ofrece una visión distinta y profundamente liberadora (Padilla 2015, 33-34).

Primero, la santidad propone una espiritualidad del trabajo. El trabajo no es un castigo ni una autopromoción, sino una participación en la obra creadora y ordenadora de Dios (Suess 2007, 44-54). En una cultura que mide el valor personal en función de la productividad, la santidad afirma la dignidad del trabajador por encima de los resultados.

Segundo, la santidad forma virtudes públicas: integridad, responsabilidad, justicia, servicio y compasión (Johnson 2016, 181-183). Estas virtudes no son añadidos secundarios, sino expresiones del carácter de Dios. En ambientes donde la corrupción, la competencia desleal o la presión por el rendimiento son comunes, la santidad se convierte en una ética contracultural que sostiene decisiones difíciles y da credibilidad al testimonio cristiano.

Tercero, la santidad permite discernir la vocación profesional. En lugar de separar “trabajo secular” de “servicio cristiano,” la santidad afirma que toda vocación puede ser espacio misionero.

3. *Política: La Santidad como Compromiso con la Justicia, la Dignidad Humana y el Bien Común*

La esfera política es quizá el lugar donde la palabra “santidad” parece menos familiar. Sin embargo, la santidad bíblica desde Isaías hasta Jesús, tiene un profundo contenido público. Dios es santo porque defiende la vida, rechaza la opresión, escucha el clamor de los vulnerables y confronta a quienes perpetúan injusticias (Am 5:24; Isa 1:17; Jennings 2008, 72-75). El pensamiento de Jennings es particularmente útil aquí. Él señala que una santidad desconectada de la vida pública inevitablemente se convierte en un ritual vacío o en un moralismo autorreferencial (Jennings 2008, 74-75).

La tradición latinoamericana de misión integral también aporta elementos importantes. Su énfasis en la justicia, la reconciliación y la defensa de los pobres no es una ideología, sino una lectura fiel del Dios del Reino (Padilla 2015, 33-34, 268-270).

4. *Cultura Contemporánea: la Santidad como Creatividad, Belleza y Reconciliación*

La cultura, arte, música, literatura, cine, medios digitales, expresiones urbanas son los espacios más formativos de la vida contemporánea. Muchos cristianos han entendido la cultura como amenaza o tentación. Sin embargo, la santidad bíblica ofrece una perspectiva distinta: Dios no se opone a la cultura; la transforma (Suess 2007, 149-158).

La santidad, entendida como participación en la vida de Dios, despierta la capacidad creativa. Donde la santidad se vive, surge belleza: relaciones reconciliadas, artes que sanan, narrativas que dan esperanza y expresiones que revelan la dignidad humana.

Síntesis de la Sección

La santidad, lejos de ser un ideal privado, es una categoría profundamente pública que dialoga con las disciplinas que dan forma al mundo contemporáneo. En la psicología, ofrece integración emocional y relacional. En la ética profesional, propone coherencia y vocación. En la esfera política, impulsa justicia y dignidad. En la cultura, despierta belleza, creatividad y reconciliación. Este diálogo no diluye el evangelio; revela su amplitud. La santidad es una forma de vida que transforma la experiencia humana y abre camino para una misión relevante, encarnada y fiel al Dios trinitario que envía.

V. Santidad y Transformación Social: la Dimensión Pública de la Missio Dei

En secciones anteriores, hemos explorado cómo la santidad cristiana es participación en la vida del Dios trinitario, y que esta participación se concreta en prácticas comunitarias que reflejan el carácter de Cristo (Johnson 2016, 12-18). Sin embargo, la santidad no sólo transforma la vida interna de la Iglesia; también tiene una consecuencia inevitable hacia afuera: una comunidad santa impacta el mundo (Jennings 2008, 34-35; Padilla 2015, 33-34). La experiencia bíblica, la tradición cristiana y el pensamiento teológico contemporáneo convergen en esta afirmación.

1. Theodore Jennings: la Santidad como Transformación Estructural

Theodore Jennings ofrece uno de los aportes más provocadores y necesarios en el pensamiento cristiano contemporáneo: la santidad no es sólo un ideal espiritual, sino una fuerza histórica que actúa sobre relaciones insertas en redes sociales, económicas y políticas (Jennings 2008, 34-35). Por eso, la santidad no puede limitarse al comportamiento individual; debe interrogar las dinámicas que ordenan e impactan la vida colectiva.

Esta perspectiva rescata a Juan Wesley de caricaturas pietistas, mostrando cómo su predicación promovió prácticas que transformaban condiciones de vida concretas. Jennings desarrolla esta intuición insistiendo en que la santidad cristiana no puede ignorar las realidades de pobreza, inequidad, exclusión, o violencia (Jennings 2008, 34-35). Si Dios es santo porque actúa en la historia, entonces un pueblo santo actúa en la historia con Él.

2. René Padilla y la Misión Integral: Evangelización y Justicia como una Unidad Inseparable

La misión integral, desarrollada principalmente en América Latina, ha insistido en que no existe una separación entre evangelizar y trabajar por la justicia social (Padilla 2015, 33-34). Ambas son expresiones del Reino de Dios anunciado por Jesús. Esta visión corrige la idea de que la misión se centra sólo en la proclamación verbal del evangelio o sólo en labores sociales sin referencia a Cristo. Padilla propone una síntesis en la que la misión cristiana integra palabra y acción porque ambas surgen del mismo evangelio (Padilla 2015, 33-34). La santidad, en este marco, no es un asunto privado, sino una vida que encarna el Reino en relaciones concretas.

3. Profecía Bíblica: Esperanza Escatológica que Impulsa la Misión

La profecía bíblica no consiste sólo en anunciar el futuro; consiste en revelar la voluntad de Dios para el presente. Autores como Stam subrayan que la esperanza cristiana no es evasión, sino energía para la acción; la visión escatológica del Reino que viene moviliza a comunidades que viven anticipadamente aquello que Dios promete (Stam 2004, 13-18).

Desde esta perspectiva, la santidad se expresa como protesta contra la injusticia, anuncio de alternativas y esperanza encarnada (Jennings 2008, 34-35; Stam 2004, 13-18). Participar en la

santidad de Dios implica identificar y confrontar las realidades que contradicen el shalom divino, al mismo tiempo que se construyen espacios de paz, cuidado, reconciliación y comunidad.

4. Santidad como Misión en un Mundo Fragmentado

En un contexto global marcado por desigualdades crecientes, crisis ambientales, conflictos sociales, migraciones masivas, violencia y polarización, la santidad ofrece una misión profundamente relevante. Formar comunidades que vivan la vida de Cristo es una respuesta necesaria para sociedades fracturadas (Padilla 2015, 33-34).

Síntesis de la Sección

Jennings nos recuerda que la santidad actúa sobre las estructuras; Padilla muestra que la misión integra la justicia; y la profecía bíblica, leída con Stam, indica que el futuro de Dios impulsa la acción presente (Jennings 2008, 34-35; Padilla 2015, 33-34; Stam 2004, 13-18). Así, la santidad es el corazón de una misión que transforma vidas y transforma sociedades.

VI. Implicaciones para la Iglesia del Nazareno: Ser un Pueblo Santo en Misión

Si la santidad es participación en la vida del Dios trinitario y no un proyecto moralista o una experiencia aislada, entonces la identidad y la misión de la Iglesia del Nazareno deben entenderse desde esta participación (Johnson 2016, 12-18). La santidad no constituye un distintivo meramente histórico o denominacional, sino una vocación que orienta la práctica pastoral, la formación teológica, el discipulado cotidiano y el compromiso social.

1. ¿Qué necesitamos hacer? Volver a una Santidad Trinitaria y Relacional

Lo primero que necesita la Iglesia del Nazareno es recuperar una visión trinitaria, relacional y misional de la santidad, en línea con la *missio Dei* (Suess 2007, 41-54; Johnson 2016, 12-18). Esto implica dejar atrás concepciones reducidas o moralistas, y abrazar una santidad que nace del Dios que llama, transforma, y envía.

2. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? Porque Dios es el que Envía

La Iglesia del Nazareno hace misión porque participa en la vida del Dios que envía; la misión no es estrategia institucional ni sólo respuesta a necesidades sociales, sino acto de obediencia y participación en la vida trinitaria (Suess 2007, 41-54).

3. ¿A qué estamos llamados a ser, saber y hacer? Una identidad para un mundo en transición

Aquí la santidad ofrece claridad: ser comunidades que reflejan el carácter de Cristo, saber dialogar con el mundo desde la fe y hacer misión de forma encarnada, contextual, y relacional (Johnson 2016, 12-18; Padilla 2015, 181-182).

4. ¿Qué recursos utilizamos?

La Iglesia del Nazareno dispone de recursos espirituales y comunitarios, vida de oración, acompañamiento, formación teológica contextual, que permiten vivir esta santidad misional (Johnson 2016, 12-14; Padilla 2015, 181-182).

Síntesis de la sección

La Iglesia del Nazareno, llamada a ser un pueblo santo, necesita recuperar una santidad trinitaria que forme comunidades reconciliadas y misionales. Desde esta santidad encarnada, puede participar fielmente en la *missio Dei* en un mundo que clama por esperanza y transformación.

VII. Conclusión: Santidad para un Mundo en Transición

La Iglesia del Nazareno nació con una convicción profunda: Dios no sólo perdona, sino que transforma. Esta afirmación, sencilla y radical a la vez, continúa siendo una de las aportaciones más significativas de nuestra tradición al cristianismo global. Pero en el contexto contemporáneo, marcado por fragmentación social, incertidumbre cultural, cansancio institucional y búsquedas espirituales diversas, esta convicción necesita expresarse de un modo renovado. La santidad no puede presentarse como un programa moralista ni como un ideal intimista; debe ser entendida como una participación real en la vida del Dios trinitario y como una vocación para el bien del mundo.

Este artículo ha intentado mostrar que la santidad, cuando se comprende desde la *missio Dei*, adquiere una amplitud y una fuerza transformadora capaces de dialogar con los lenguajes de nuestro tiempo. La santidad no se opone a la psicología; ayuda a integrar la vida emocional y relacional. No evade la ética profesional; da coherencia a la vocación laboral. No rechaza la política; orienta la búsqueda del bien común. No teme la cultura; despierta creatividad y belleza. La santidad es una forma de vida plenamente humana, moldeada por el carácter cruciforme de Cristo e impulsada por el Espíritu hacia la reconciliación de todas las cosas.

A lo largo de este trabajo hemos visto que:

- Bíblicamente, la santidad es la participación del pueblo de Dios en su carácter y misión.
- Teológicamente, la *missio Dei* sitúa a la Iglesia como comunidad enviada, no como institución autosuficiente.
- Eclesialmente, la santidad se encarna en prácticas comunitarias: hospitalidad, cuidado mutuo, integridad, discernimiento y justicia.
- Socialmente, la santidad actúa como fuerza histórica que confronta estructuras injustas y acompaña procesos de restauración y esperanza.

En un siglo marcado por la movilidad global, el cambio tecnológico, la desconfianza institucional y el pluralismo, la Iglesia del Nazareno puede ofrecer una contribución esencial: comunidades donde la santidad se vive como sanidad emocional, justicia social, integridad pública y compromiso compasivo. La santidad no es un retiro del mundo, sino una forma de estar en el mundo que revela el carácter del Dios que ama, libera y renueva.

Además, la santidad proporciona un puente para el diálogo con públicos no religiosos. Conceptos como sentido, identidad, vocación, integridad, justicia, reconciliación y bienestar relacional resuenan profundamente en el pensamiento contemporáneo. Presentar la santidad como participación en la vida de Dios y no como perfeccionismo moral abre espacios de encuentro con profesionales, académicos, líderes comunitarios y personas que buscan plenitud humana sin identificarse necesariamente con el lenguaje eclesial tradicional.

La Iglesia del Nazareno, al recuperar una santidad trinitaria y misional, puede acompañar al mundo en su complejidad sin renunciar a su identidad. Puede evangelizar sin imponer, servir sin paternalismo, acompañar sin invadir, discernir sin fanatismo. Puede ser, en palabras bíblicas, sal y luz: una presencia humilde pero visible, pequeña pero significativa, imperfecta pero entregada a la obra de Dios en el mundo.

Finalmente, la santidad orienta la esperanza. En tiempos de desilusión, la santidad nos recuerda que Dios no ha abandonado la historia, sino que continúa obrando en ella. La *missio*

Dei es la garantía de que la renovación es posible. Y la iglesia, aunque frágil, sigue siendo instrumento de esa renovación. La santidad, entonces, no es sólo ética; es escatología vivida: una anticipación del Reino que viene, un ensayo del futuro de Dios en el presente, una señal de que la vida nueva ya ha comenzado.

Caminar hacia Filipinas 2028 implica profundizar esta visión. La denominación está llamada a discernir, con humildad y valentía, cómo participar más plenamente en la *missio Dei*. La santidad ofrece la clave: no como ideal estático, sino como vida compartida con Dios para la vida del mundo. En esa participación, la Iglesia encontrará su identidad renovada, su misión clarificada y su esperanza fortalecida. Porque la santidad es, finalmente, el modo en que Dios mismo se da a conocer al mundo: a través de un pueblo que vive como Cristo vivió, ama como Cristo amó, y sirve como Cristo sirvió.

Referencias

- Jennings, T. W., Jr. 2008. *Santificación y Transformación Social: Desafíos para el Pensamiento Wesleyano del Siglo XXI* (L. López de Casenave, Coord.). Centro Metodista de Estudios Wesleyanos.
- Johnson, A. 2016. *La Santidad y la Missio Dei*. Cascade Books.
- Padilla, C. R. 2015. *Misión Integral: Ensayos Sobre el Reino de Dios y la Iglesia* (3.^a ed.). Kairós.
- Stam, J. B. 2004. *Profecía Bíblica y Misión de la Iglesia* (2.^a ed. rev.). Consejo Latinoamericano de Iglesias.
- Suess, P. 2007. *Teología de la Misión: Convocar y Enviar; Siervos y Testigos del Reino*. Ediciones Abya-Yala.